



ARTURO PÉREZ-
REVERTE

ENVIADO
ESPECIAL



ALA

NUMERO UNO

MUCHA tinta se ha vertido en los últimos tiempos sobre el Islam, al que la revolución iraní y los acontecimientos que suceden al mundo árabe han puesto en primer plano de actualidad. Para acercarnos con rigor a ese mundo apasionante, Arturo Pérez-Reverte ha efectuado un largo viaje a los lugares claves que constituyen el corazón palpitante del mundo islámico. Desde las orillas del Mediterráneo hasta las riberas del Océano Índico, éstas son sus conclusiones.

- 1.400 años después, Mahoma vuelve a hacer tambalearse los cimientos de Occidente
- Casi 800 millones de musulmanes rezan cada día cinco veces de cara a La Meca

Aeropuerto de Leonardo da Vinci, en Roma. Cuatro largas horas de tránsito en tierra entre Trípoli y Bagdad. En el quiosco de Prensa, flanqueada por la sonrisa de Carolina de Mónaco y el peinado «watusi» de Bo Derek, la imagen de un carro de combate soviético destruido, junto al que ora de cara a La Meca un grupo de guerrilleros afganos. Sobre la fotografía, un titular: «Alá es más fuerte que Breznev.»

Cinco veces por día, a lo largo y ancho de la tierra, la voz de los muecines suena en los minaretes de las mezquitas: «Allah illah Allah ua Muhammad rasul Allah.» Casi 800 millones de musulmanes, vueltos hacia el punto del horizonte que indica más aproximadamente la situación geográfica de la piedra angular de La Kaaba, abandonan sus ocupaciones para, hermanados en la plegaria, afirmar que no hay otro Dios que Dios y que Mahoma es el profeta de Dios. Rezan los hombres que viven a orillas del Mediterráneo, los que nomadean por el desierto entre mares de ondulada arena. Rezan hombres de piel oscura en África Central y otros lo hacen en las selvas de Filipinas. También en los Estados Unidos de América. Y cuando la noche cae sobre Kabul, mientras las patrullas soviéticas recorren las calles de la capital afgana, miles de personas subidas a las azoteas de las casas gritan desafiantes, hasta enroquecer, que Dios es grande: «Allah akbar.»

En mi bolsa de viaje, junto a las cámaras fotográficas, llevo un libro del norteamericano Michael Hart, «Los 100: los personajes más influyentes en la Historia.» Una obra curiosa en la que Albert Einstein figura en décima posición, seguido por Karl Marx, Lenin, Mao Tse Tung... El primer puesto de esta apasionante clasificación histórica corresponde a un hombre que nació oscuramente en Arabia hace casi quince siglos: el profeta Mahoma. Él es el número uno.

● EN EL NOMBRE DE DIOS

Mil cuatrocientos años después de la hégira, la huida de Mahoma a La Meca, el islam despierta de nuevo frente a los colosos tradicionales que tienen los pies de barro. Un grupo de teólogos formados en Qom, una de las más importantes universidades religiosas del mundo musulmán, ha originado la más grave crisis internacional desde la segunda guerra mundial. Las dos mayores potencias mundiales, USA y la URSS, son desafiadas mientras se proclama contra ellas la «yihad», la guerra santa —literalmente, «el combate por la fe»— en el nombre de Dios clemente y misericordioso. Y este resurgir que golpea con fuerza es demasiado profundo para reducirlo a la pura anécdota de un país, Irán, y de un nombre, Jomeini. En el mundo musulmán —muslim: sumiso a la fe de Mahoma—, paralelo al poder político, a menudo condicionándolo y con frecuencia gravitando decisivamente sobre él, existe el poder religioso. En el universo islá-

mico, pocas cosas suceden sin el visto bueno de los «qadis» (jueces), «muftis» (jurisconsultos), «awqafs» (síndicos de bienes religiosos), «ulemas» (sabios), «fuqahas» (legisladores) y «ayatollahs» (testigos de Dios). La reducción durante más de nueve siglos del Islam, que es todo un código social, al puro culto religioso ha convertido a estos hombres, el clero musulmán, en las únicas autoridades investidas con un carisma especial, autorizadas por decreto de Dios para inundar todas las actividades sociales y políticas de sus países con un mar de teología. Y como me comentaba en Teherán un diplomático occidental, «si un cura fanático es peligroso, imagínese lo que significa un cura fanático metido en política.»

No es necesario recurrir a la imaginación, pues el resultado está a la vista. En la esclerosis de un Islam anclado en el anacronismo tras esos casi diez siglos carentes de «jihad» —puesta al día, en traducción libre—, el actual despertar politiza la religión o empapa de clericalismo la política. El fanatismo de los asaltantes de la gran mezquita de La Meca, con una trastienda política, no deja por ello de responder a profundas motivaciones religiosas. En Egipto, el clero islámico constituye hoy una de las principales oposiciones internas al régimen de Sadat, quien periódicamente debe pedir que no se mezcle en asuntos de Estado. En Sudán, una inmensa manifestación recorrió las calles de Jartum aclamando el nombre de Jomeini. En el Líbano, palestinos y milicianos chiitas celebraron el triunfo de la revolución iraní, disparando al aire sus armas. Los jefes de Estado donde domina el chiismo duermen con un ojo abierto; hay que tener en cuenta que la rama chiita del Islam —90 por 100 de fieles en Irán— forma la comunidad religiosa más nutrida en el Líbano, Bahrein, Yemes e Iraq. Pero el contagio se extiende también a la otra rama musulmana, mayoritaria en el mundo árabe y tradicionalmente enemiga del chiismo: la sunnita. Los palestinos de la Asociación de los Hermanos Musulmanes, y especialmente las temibles sociedades secretas sunnitas, los «turuq», que cuentan con millones de afiliados, incluyendo la URSS y África negra, se han hecho eco de la revolución iraní.

Podríamos continuar citando ejemplos sin cesar: Libia, donde la identificación de lo político y lo religioso inspira la política de Moamar El Gaddafi, y en donde todos los actos oficiales se inauguran con las palabras «Besin Bismillah al Rahman Al Rahim»... «En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso». En Bangla Desh, Ziahur Rahman ha establecido en la Constitución una disposición obligatoria para los ciudadanos de «crear en Alá y entregarse a él por completo». En Pakistán, el Corán fue adoptado como ley suprema tras el triunfo de la revolución en el vecino Irán, a pesar de que la religión nacional dominante es la sunnita, y se castigan públicamente con la flagelación hasta las menores infracciones religiosas. En el Irán, las autoridades chiitas no escatiman ejecuciones, y Jomeini exige

abiertamente, y lo consigue, que no solamente el Estado sea islámico, sino que el poder político esté en manos de los líderes religiosos. El mismo se hace llamar «Imán», título de máxima autoridad en su rama religiosa, puesto que históricamente sólo fueron acreedores a ese título los once descendientes de Mahoma y de su sobrino Alí.

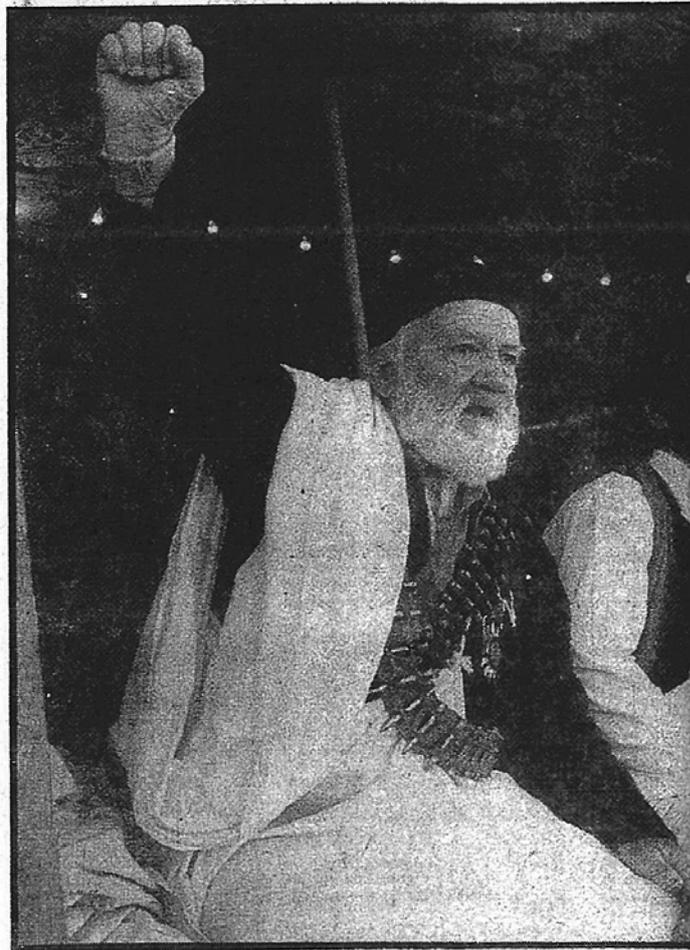
● INSTRUMENTO DEL COLONIALISMO

Ese es el panorama. Durante siglos, el Islam, incapaz de renovarse a sí mismo, ha estado siendo utilizado por el imperialismo como instrumento de las políticas coloniales. Inmerso en un culto tradicionalista y una legislación estancada entre las múltiples ramificaciones de una jurisprudencia intrincada y colosal, el culto religioso ha sido el «opio de los pueblos musulmanes». Los gobiernos coloniales, en un pasado todavía muy reciente, sobornaban sin el menor escrúpulo a los líderes religiosos, para que éstos convenciesen a sus feligreses de que no había nada de malo en estar bajo la dominación de «infieles». Una sabia combinación de la política de la zanahoria y el palo convenció a los clérigos islámicos de la necesidad de colaboración, o al menos de una neutralidad compatible con las necesidades de las «potencias administradoras». Pero, he aquí que, tras los aldabonazos

producidos en la conciencia islámica, especialmente en el sector árabe, por el hundimiento de los imperios coloniales y el auge de los nacionalismos, así como la aparición de líderes carismáticos como Khomeini, Gaddafi y Jomeini, el descubrimiento del arma del petróleo y, ahora, el resurgimiento religioso del Siglo XV, el Islam rebalga de nuevo. La religión y civilización musulmana siente la necesidad de convertirse también en Estado, rechazando la filosofía y formas de vida materialistas que se identifican con Occidente, para reconstituir su identidad natural. Para volver a los orígenes, a las raíces.

Sin embargo, el camino no es fácil. Como un político iraní me comentaba en su despacho de Bagdad, observando el río Tigris discuir bajo su ventana: «El problema radica en que para ese retorno a las raíces, el Islam debe abrirse camino entre una maraña de estructuras arcaicas de cuestiones bizantinas originadas por siglos de inmovilismo religioso, que han apartado siempre a los musulmanes de los objetivos realmente importantes. Lo único que se logra con este renacimiento islámico es cortar manos a los ladrones y lapidár adúlteras, para eso no merece la pena armar semejante cisco.»

(Continúa en el próximo capítulo «El "Mein Kampf" de Jomeini»)

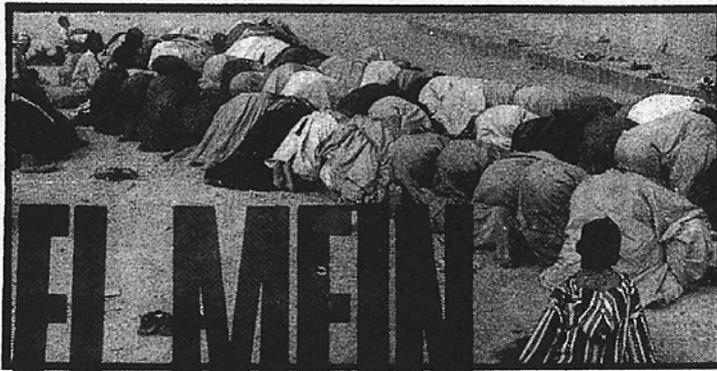


El mundo islámico ha desatado la «Yihad», la guerra santa, contra las grandes potencias. (Foto Pérez-Reverte.)



**ARTURO PEREZ-
REVERTE**
ENVIADO
ESPECIAL

WWW.ICORSO.COM



EL MEIN KAMPF

◆ **«La obediencia a los líderes religiosos es la obediencia al propio Dios»**

FRENTE a la que fue Embajada norteamericana en Teherán, cuyos muros están empapelados con carteles y consignas islámicas, dos centinelas armados con fusiles de asalto de fabricación alemana montan guardia. Fieles a su cita diaria, un nutrido grupo de «estudiantes», guardias de la Revolución, desocupados y curiosos, espera acontecimientos. Como a impulsos de un acto reflejo, prorrumpen en gritos y levantan los puños con entusiasmo ante la presencia de las cámaras fotográficas. Unos hermosos ojos, sin maquillar, te observan bajo el «chador», el velo negro cuyo uso es de rigor.

Todos los iraníes están convencidos de que los ojos de los setecientos y pico millones de personas que componen la Umma, la comunidad islámica, están fijos en ellos. «No tratamos de exportar la revolución —me dice un joven iraní que se autodefinen «intelectual»—. La misión de Irán en el mundo ha sido tan sólo la de adabornar en las conciencias de los creyentes. El germen de la revolución está en todos los países donde existen fieles islámicos. La ideología revolucionaria está en el Corán. Todos los pueblos hallarán en él las orientaciones políticas necesarias.» Y ante el comentario de que la doctrina islámica no es política, sino religiosa, mi interlocutor me observa como quien mira a un pobre ignorante. «El profeta Mahoma era también un político —dice apasionadamente—. Es el Santo Jomeini quien nos lo ha demostrado.» Si Karl Marx escribió su «Capital», si Adolfo Hitler tuvo su «Mein Kampf», si Mao Tse Tung —que ahora se escribe Mao Zedong o casi no se escribe, cosas de la vida— sembró China en otro tiempo con su «Libro rojo», si Moammar El Gaddafi ha difundido su Tercera Teoría en las páginas del «Libro verde», Seyyed Ruhollah Jomeini no podía faltar a la cita con letra impresa de la Historia. Como buen testigo de Dios, el ayatollah ha plasmado su interpretación sociopolítica de la Chariah —ley divina salida del Corán y la tradición— en numerosas pláticas a sus discípulos y en dos libros: «Por un Gobierno islámico», publicado en 1971 durante su exilio en un Iraq con el que hoy anda a la greña, y «Principios políticos, filosóficos, sociales y religiosos», editado en 1979. Para saber de qué va la cosa resulta imprescindible echar un vistazo a sus páginas.

ALCOHOL Y PROSTITUCIÓN

«El Islam —escribe Jomeini— es la reli-

gión de los que luchan por la verdad y la justicia, de los que reclaman la libertad y la independencia. Es la escuela de los combatientes contra el colonialismo. Pero esta imagen ha sido falseada por el público, y la representación errónea que se le da en los centros de estudios religiosos tiene por objeto desvitalizar el Islam y atajar su carácter revolucionario y dinámico... El Islam no reconoce la Monarquía. Si eso es un defecto, de acuerdo, el Islam es defectuoso. De la misma forma que no acepta el provecho capitalista, el sistema bancario a base de la usura, la venta de alcohol o la prostitución. Y son los equipos gubernamentales, creados por el colonialismo, los que intentan instituir este tipo de costumbres en los países musulmanes.»

Para Jomeini, el asunto del alcohol es grave, porque «nosotros sabemos cuántos males de la sociedad tienen su origen en él: accidentes de carretera, crímenes, suicidios; e incluso parece que el uso de la heroína proviene de acostumbrarse a consumir alcohol». Igualmente, el ayatollah condena la prostitución, «que es una de las más evidentes consecuencias del consumo de alcohol. Si la castigamos con ochenta latigazos, y a la adúltera con cien latigazos, o si aplicamos la lapidación —morir apedreado—, se levantarán voces para asegurar que somos crueles... Pero la prostitución que se extiende en nuestros días tan ampliamente hasta el punto de ser devastadora y corruptora de generaciones enteras, es un freno al trabajo.»

A DIOS ROGANDO...

Para el líder religioso iraní, el hecho de que hayan transcurrido catorce siglos desde que las leyes islámicas fueron promulgadas, no les quita un ápice de validez. «En la época del profeta Mahoma —dice— las



◆ **Para el ayatollah de Qom la religión musulmana ha sido alejada de la política por el colonialismo**

DE JOMEINI

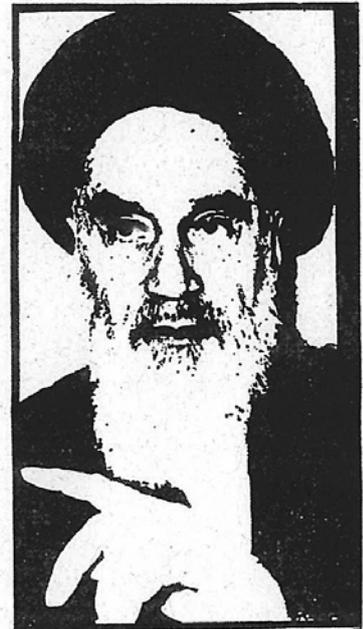
leyes no eran solamente redactadas y promulgadas, sino también aplicadas. El profeta ejecutaba tales leyes personalmente: él cortaba las manos a los ladrones, infligía castigos, lapidaba. Hoy, los jefes religiosos de la comunidad islámica no sólo tienen la misión de seguir alentando tal disciplina, sino que también deben actuar en todos los órdenes de la vida de un Estado: «Los ajond» —en traducción libre, los curas chiitas— no deben limitarse a quedarse en un rincón en Qom o en Najaf estudiando algunos problemas secundarios, tales como el de la menstruación de las mujeres, renunciando a la política. La religión no debe separarse de la política. Ataja esos rumores propagados por los colonialistas y los ateos. En la época del profeta, ¿había diferencia entre el clero y los políticos? Los falsos argumentos son sostenidos por los imperialistas y sus agentes políticos para apartar a la religión de los asuntos terrenales y apartarla de la organización de la comunidad musulmana; para separar a los «ulemas» —sabios— del pueblo y de los combatientes por la libertad y la independencia.»

Para Jomeini, el Islam sin política convierte a los creyentes en presa fácil del colonialismo. «Si no hacemos otra cosa que rezar —comenta con sarcasmo—, los colonialistas nos dejarán tranquilos. Pero nosotros no debemos permitirnos quedarnos con nuestras riquezas y contentarnos con rezar, bajo el pretexto de que Dios los castigará y que seremos recompensados después de nuestra muerte... Si no os ocupáis de la política de los colonialistas, si reducís el Islam a los preceptos y nunca franqueáis esa frontera, durante ese tiempo los imperialistas no tendrán sino ojos para vuestro petróleo. ¿Qué daño queréis que les hagan vuestras plegarias?»

EL ISLAM ES POLITICO

«Cada vez que ha aparecido un hombre de gran envergadura, o bien los imperialistas lo han matado, o encarcelado, o exiliado, o lo han acusado de político. ¡Nada menos que un cura político! Pues bien, el Profeta era político. No os dejéis engañar por las falsas propagandas que quieren excluirnos de la política e impedirnos combatir contra los Estados traidores y sus políticas antipopulares y anti-islámicas.»

Como parafraseando a Lenin, quien aseguraba que el que niega la primacía de la política olvida el ABC del marxismo, Jomeini acusa al que se mantiene apartado de esta actividad terrenal de pasar por alto las más elementales reglas del Islam. La «Chariah», la ley de Dios, tiene vocación totalitaria y abarca todos los aspectos de la vida humana. Y al mismo tiempo, Jomeini establece las bases para que el poder sea exclusivamente detentado por él y sus compañeros de la «Curia» musulmana: «El Gobierno islámico es el de la «Chariah» sobre el pueblo. En este Gobierno, la soberanía corresponde exclusivamente a Dios. Y oficialmente, esta soberanía pertenece a aquellos que tienen un conocimiento perfecto de la ley. La obediencia a los «imanes» —Jomeini se autodenomina «imán» — no es, por tanto, sino la obediencia al propio Dios.» En estas palabras clave es donde Jomeini sitúa la madre del cordero. La decisión de los líderes religiosos es inapelable; porque quien se opone a sus menores decisiones se está oponiendo, nada más y nada menos, que al propio Dios Todopoderoso. Para el sacrilego que ose tamaña atrocidad, lógicamente, la muerte es el castigo más suave. Toda la explicación de los sucesos por los que atraviesa actualmente el Irán, la cri-



Para el líder chiita iraní la religión no es un mundo aparte de la política

sis del poder político y el que todo un país se encuentre dependiendo exclusivamente de las palabras de un solo hombre, el «ayatollah», está aquí. El sha Reza Pahlevi no era más que un tirano, un despota terrenal. El pobre infeliz sólo pretendía dirigir la vida social de sus súbditos. Con Jomeini todo se vuelve trascendente, porque él dirige también la vida íntima, la vida espiritual. Comparado con el «ayatollah» de Qom, el sha era un aficionado.

«Un pueblo no marchará por el recto camino si alguien no lo lleva de la mano.» Y para que no quede ningún cabo suelto, Jomeini establece claramente hasta la más mínima norma de comportamiento. En su ideario hay una quincena de artículos sobre las formas de defecar, orinar, purificar el ano y el sexo, la forma de beber y comer, las relaciones sexuales y la forma correcta en que deben ser degollados los animales. Para el «ayatollah», todo buen islámico debe estar al corriente de que «una sola piedra basta para limpiar el ano», que «la carne de caballo no es recomendable» y que, por supuesto, «el sudor de un camello que ha comido excrementos es impuro». Bnío ningún concepto debe comerse carne de un animal «que estando vivo ha sido sodomizado por el hombre». Es fundamental tener en cuenta que «el coito anula el ayuno. Incluso si el miembro viril no penetra en la vagina más que hasta el anillo de la circuncisión». Y para que no se le acuse de intransigente, Jomeini se muestra comprensivo en algunos casos. Por ejemplo, si «el hombre fodomiza al hijo, al padre o al hermano de su mujer después de la boda, el matrimonio sigue siendo válido».

Algo es algo.

(Continuará.)



Quien se opone a Jomeini se opone a Dios Todopoderoso. El castigo más suave es la muerte.



ARTURO PEREZ-REVERTE
ENVIADO ESPECIAL

CAPITULO 3

LA Meca, el lugar santo del mundo islámico, está en Arabia Saudita, a escasas decenas de kilómetros de las riberas del mar Rojo. Fue en esta ciudad donde el profeta Mahoma, en los primeros tiempos de su predicación, debió enfrentarse a la incredulidad de los politeístas que se negaban a recibir la palabra de Dios, viéndose obligado a huir hacia Medina para salvar la vida. Más tarde, con la victoria de la nueva fe —lograda más gracias a la espada que a la predicación—, Mahoma instauró en esta ciudad el culto a la piedra negra de la Kaaba. Desde entonces, cualquier musulmán que se precie debe, al menos una vez en su vida, peregrinar aquí, sea cual sea su lejano país de origen.

El asalto a la Gran Mezquita de La Meca no fue sino otro síntoma del ansia de renovación que sacude a los sectores radicales musulmanes

La revolución chiita iraní es una prolongación de los grandes movimientos nacionales islámicos

Los ojos de toda la «Umma», la comunidad musulmana, que como ya hemos mencionado anteriormente se vuelven cinco veces al día hacia La Meca para cumplir con las plegarias establecidas por el profeta, se abrieron desmesuradamente,



LOS LOCOS DE DIOS



En el convulso mundo islámico, la llama revolucionaria prende con facilidad y se propaga por contagio. (Foto PEREZ REVERTE)

mente, asombrados, cuando en noviembre del pasado año un grupo terrorista se opodó de la gran mezquita de esta ciudad, en una sangrienta aventura, que terminó con la ejecución de los sacrilegos responsables a manos del Gobierno real saudita, encargado de la custodia del santo lugar. El origen de aquellos dramáticos sucesos, que en su momento —y todavía hoy— estremecieron a todo el Islam, se encuentra en el desengaño sufrido por un joven sunnita estudiante de Teología, Juhayman Bin Mohamed Bin Seif Al-Oteibi, quien a mediados de la pasada década comenzó a generar una ideología revolucionaria, que había de concluir en la trágica aventura de la gran mezquita. Oteibi, decepcionado por el rumbo desviado que, a su juicio, ha adoptado el Islam en los últimos siglos, figura en los registros policiales de Arabia Saudita como detenido varias veces en 1974, siendo puesto en libertad después de que los «ulemas» locales, responsables de interpretar y velar por el cumplimiento de la ley coránica, abogasen en su favor. El joven árabe hubo, sin embargo, de abandonar sus estudios de Teología en la Universidad de Medina, después de graves confronta-

ciones religiosas con sus profesores, al criticar las interpretaciones que estos efectuaban del Corán. En su marcha, Oteibi fue acompañado por un compañero de estudios: Mohamed Bin Abdallah Al-Qahtani.

EL GERME REVOLUCIONARIO SUNNITA

Entre 1974 y 1979, mientras ambos compañeros establecían una extensa red de discípulos y simpatizantes en Egipto, Qatar, Kuwait y Arabia Saudita, incluyéndose miembros de la Guardia Nacional y algunas altas personalidades de este último país. Oteibi fue desarrollando una doctrina religiosa personal, difundida a través de diversas publicaciones, en pro de una aplicación más fundamentalista del Corán, condenando a chiitas, cristianos y judíos y empapando su concepción del Islam de xenofobia y radicalismo intransigente. En su punto de mira, especialmente, se hallaba la dinastía real saudita, culpable, a su juicio, de traicionar el mensaje del profeta a base de corrupción y prooccidentalismo. Oteibi acusaba al fundador de la dinastía saudita, Ibn Saud, de haber mo-

vilizado al pueblo en nombre del Corán para lograr establecerse en el poder, y una vez logrado el objetivo, detener la guerra contra los infieles y aliarse con los cristianos. En sus críticas, extensivas a la mayor parte de los gobernantes de la península Arábiga, el joven revolucionario clamaba por la abolición de estas monarquías. «Hoy día —escribió Oteibi en uno de sus más difundidos ensayos—, los musulmanes no están unidos en la elección de un solo imán. Cada nación tiene su propio gobernante, y éstos ejercen el poder de forma oportunista. Mientras hacen ostentación de su fidelidad al Islam, apoyan a los infieles y a los fuera de la ley. Algunos se alían con los judíos. Otros se alían con los comunistas. Y otros se alían con los cristianos y hacen la paz con ellos, y dan asilo a los chiitas, que han rechazado a los musulmanes viven bajo gobernantes impuestos, que no defienden la religión. No debemos obediencia más que a aquellos que gobiernan según los preceptos del Libro de Dios. Quienes gobiernan a los musulmanes con leyes y sistemas distintos y sólo toman de la realidad aquello que les conviene, no tienen derecho a reclamar nuestra

obediencia y su mandato de gobierno es nulo.»

EL FRACASO

La aventura religiosa de Oteibi se fue tiñendo con matices políticos a medida que su movimiento precisó ayuda material para emprender la lucha armada por la reconstrucción del Islam. «El propio profeta no vaciló en recurrir a la espada cuando los decreídos le rechazaron», manifestó en una ocasión el joven líder. Tras recibir apoyo y preparación militar de cierto régimen progresista árabe estrechamente ligado a la Unión Soviética —paradojas de la vida—, el grupo revolucionario de Oteibi y Qahtani creyó llegado el momento de la gran sublevación islámica en Arabia. El intento de los «locos de Dios», como los denominó la Prensa occidental, se saldó con la muerte de ambos compañeros y de sus seguidores. Qahtani murió durante los combates de la gran mezquita de La Meca, y Oteibi, el líder, que había proclamado a su amigo «Mahdi» —enviado del profeta, a quien todos deben obediencia—, fue hecho prisionero y decapitado algunos días después.

Aunque las autoridades sauditas quitaron importancia a la aventura, calificándola de intento desesporado de unos locos, títeres en manos de potencias que pretenden desestabilizar al país —lo cual no es del todo inexacto—, lo cierto es que el suceso de La Meca hizo comprender al Gobierno de Ryad que debía hacer frente a un peligro real. Especialmente, había cuenta de la oleada de xenofobia que la revolución iraní está propagando a todo el mundo islámico. La radiodifusión saudita anunció en fecha reciente que era «casi inminente» la creación de una comisión de nueve miembros, encargada de establecer una reforma institucional en el país, incluyendo la redacción de una Constitución y la creación de una «Chura», o consejo consultivo islámico. El comité estará integrado por funcionarios y por doctores de la ley coránica —«ulemas»—, y se encamina a establecer una serie de reformas «bajo control», manteniendo el principio básico de que el Corán es la fuente de toda legislación y, de hecho, la Constitución última del Reino.

CHIITAS Y SUNNITAS

Aunque chiitas y sunnitas son dos ramas diferentes del Islam, habitualmente enfrentadas entre ellas, lo cierto es que el fenómeno religioso de los últimos tiempos está conmoviendo a ambas por igual. Y no es extraño, puesto que las dos tendencias religiosas no son sino expresiones históricas, interpretaciones diferentes de una sola realidad religiosa. Después de los cuatro primeros califas que sucedieron al profeta Mahoma, entre los si-

glos IX y XIV, el poder del Islam se estableció en las dinastías Omeya —Siria— y Abasida —Bagdad—, y más tarde en las dinastías nacionales egipcias y guerreras del noroeste africano. Nació así el Islam sunnita como poder político y espiritual, institucionalizado en las poblaciones sedentarias establecidas en las zonas de puertos marítimos o grandes rutas terrestres del comercio internacional de la época. El Islam ortodoxo.

Por otra parte, la rama chiita, empujada por los sunnitas hacia el Asia occidental y central, mantuvo frustrado durante mucho tiempo su deseo de legitimidad histórica y de un poder nacional estabilizado. No poseían los chiitas, al contrario que los sunnitas, la simbiosis entre lo espiritual y lo temporal, que había de dar paso al nacimiento de los modernos Estados islámicos árabes, y permanecieron diluidos en sistemas políticos que les eran con frecuencia ajenos, siempre en busca de la gran oportunidad de establecer su propio Estado nacional. Ha sido la revolución iraní, dirigida por líderes religiosos chiitas formados en la Universidad de Qom, la que ha dado lugar por vez primera en la Historia, al nacimiento de un Estado nacional de dirección chiita. Mientras para el Islam sunnita el nasserismo constituyó la primera gran revolución nacional, para la otra rama religiosa musulmana la figura clave es Jomeini. Y si a pesar de las diferencias entre ambas ramas islámicas consideramos el mundo musulmán como un todo, no podremos menos que considerar a la revolución iraní como un peldaño más en el largo proceso que comenzó con la guerra de octubre de 1973.

Tras la conflagración árabe-israelí de 1973, que desencadenó la primera gran crisis del petróleo, los acontecimientos de lo que denominamos civilización occidental se echaron a temblar. El modo de vida de Occidente no se sostiene por sí mismo descubrimos con espanto. Naturalmente, sectores importantes del mundo islámico pretendieron, al descubrir que el gigante tenía los pies de barro, regresar a un sistema basado en sus propias culturas nacionales. Y la revolución iraní, que ha multiplicado los efectos de la guerra de octubre, no ha hecho sino presentar más claro lo que ya constituía una evidencia. Es aquí donde la revolución chiita iraní justifica su inmensa resonancia en el mundo árabe e islámico no es sino la «prolongación objetiva», en palabras del sociólogo egipcio Anwar Abdel Malik, de la línea de marcha del nasserismo y de las grandes revoluciones nacionales árabes, como Argelia y Libia.

Ante este panorama, resulta ridículo pensar que algunos centenares de «marines» desembarcando en el golfo Pérsico podrían solucionar la crisis de Occidente.

(Continuará.)



**ARTURO PÉREZ-
REVERTE**
ENVIADO
ESPECIAL



LOS MUSULMANES NEGROS

Si los árabes son, como indica la vieja frase, «la cuerda que tensa el arco del Islam», no hay que olvidar que este arco se extiende mucho más allá de sus fronteras. El hombre occidental tiende a identificar el término musulmán —etimológicamente, el sumiso— con el antiguo clisé del turbante, la espingarda y el dromedario, olvidando que también el Corán es el Libro Santo en numerosos países de África negra, Asia, e incluso en América y en países comunistas como China, Yugoslavia y la Unión Soviética.

En el África negra, donde a menudo es preferible hablar de «islamizados» o «cristianizados» en lugar de musulmanes o cristianos, estos dos grupos religiosos abarcan aproximadamente un 30 por 100 de la población. En el plano estadístico, las últimas décadas reflejan un mayor aumento de quienes siguen la religión de Mahoma, en detrimento de los que se inclinan por Cristo. Todo ello, naturalmente, considerando que con frecuencia África negra constituye una gigantesca batidora donde todo puede combinarse: Islam, cristianismo, religiones tradicionales, marxismo, hasta producirse una especie de papilla absolutamente irreconocible.

Históricamente, el Islam en los países que se extienden al sur de la franja sahariana, se inició como religión costera, con arranque en las riberas del Índico y en la costa meridional del Sahara. En tales zonas están ubicados aquellos países donde la religión islámica puede considerarse mayoritaria: Gambia, Niger, Senegal, Mauritania, Mali, Sudán, Somalia, Comores, etc. Próximo a éstas se encuentran las otras naciones donde existen importantes minorías musulmanas: Costa de Marfil, Nigeria, Dahomey, Chad, Togo, Tanzania, Kenia... En los confines de tales lugares, lejos del África que puede considerarse musulmana, se dan también pequeñas minorías islámicas, que si bien tienen poco peso en los planos político y social, llegan, sin embargo, a poseer notable influencia en la economía de cada país. Se trata, en su mayor parte, de emigrantes que proceden del norte de África y de Asia, que manejan buena parte de los resorts comerciales locales de Zambia, Gabón, Guinea Ecuatorial, etc.

La propagación africana del Islam, impulsada por los árabes y facilitada por la tradicional tolerancia religiosa de las comunidades negras, tiene una antigüedad de diez siglos. Ello explica las grandes dificultades que los misioneros cristianos encontraron siempre en aquellos lugares por don-



Armado con espada, machete y cadena, un miembro de la hermandad islámica de los Hanafí monta guardia ante el cuartel general de la organización musulmana estadounidense

- ◆ El Islam norteamericano cuenta en la actualidad con dos millones de seguidores
- ◆ Se propagó al otro lado del Atlántico con los esclavos capturados en la costa africana

de ya había circulado la Palabra del Profeta antes de la llegada de las biblias y las cruces. Desde hace muchos siglos el Islam en los pueblos del África negra ha venido constituyendo un factor de organización social de alto nivel, generador de una conciencia de superioridad con relación a los «no creyentes». Una especie de dignidad colectiva, de factor aglutinante en un África hasta hace poco inconexa y

sometida al colonialismo. De ahí proviene el sentimiento, con el que uno se tropieza a menudo en los países africanos de piel negra, de que el Islam, a diferencia del cristianismo es algo nacional y auténtico, no importado por los europeos. En Togo, por ejemplo, está permitido recibir por nombre Yusuf o Maríam, pero nunca José o María. Además la religión musulmana constituye un lazo de unión y

comunicación internacional, muy útil en la hora actual, en la que se combinan con frecuencia las palabras «petróleo» e «Islam».

LOS KUNTA KINTE MUSULMANES

La historia del tráfico de esclavos negros, capturados por mercaderes europeos en las riberas del Atlántico y llevados a América, es sobradamente conocida para detenerse en ella, especialmente tras la proyección del filme «Raíces». Señalemos únicamente que entre estos millares de «Kunta Kintes» abundaron los negros convertidos al Islam. Numerosos Peuls, Hausas, Yorubas, encadenados como animales, cruzaron el mar en las calas y riberas de las costas de África y el Caribe. Otros, a Brasil; Bahía. Entre éstos se hallaban muchos musulmanes, apresados por sus enemigos y vendidos a los mercaderes de carne humana. Hombres a quienes la fe islámica había llevado a tomar las armas para convertir a los vecinos: estos guerreros, mártires o muccines, sabían con frecuencia leer y escribir el árabe y bastantes entre ellos habían hecho ya su peregrinación a La Meca. Convertidos en esclavos, llevaban bajo sus cadenas algo que nadie les podía quitar con la libertad: su fe y su cultura islámica. Y con ellas desembarcaron en el Nuevo Mundo.

En la ciudad brasileña de Bahía, entre 1807 y 1835, los esclavos musulmanes se reorganizaron, protagonizando una docena de sangrientas sublevaciones contra sus amos: colonos, esclavistas y cristianos. Aquellas agitados tres décadas terminaron con una terrible represión. Los jefes revolucionarios y los líderes religiosos fueron ejecutados o deportados a Angola y Mozambique. Igual suerte corrieron en el Caribe otros movimientos revolucionarios de origen islámico, pero de menor envergadura. Sin embargo, aunque aplastado como fuerza política, el Islam subsistió en Cuba, Martinica, Jamaica, Surinam y Cuba. Numerosos esclavos siguieron rezando según lo prescrito por el Profeta, conservaron el estudio del árabe, practicaron la circuncisión, celebraron el Tabaski... Todavía hubo manifestaciones violentas contra los esclavistas, teniendo por objetivo la libertad y el regreso al África de sus abuelos. Absolutamente opuesto a la sociedad colonial, el Islam americano mantuvo latente la llama revolucionaria hasta que fue abolida la esclavitud.

En Norteamérica, los musulmanes habían, sin embargo, de convertirse en importante fuerza política con el advenimiento del siglo XX. En 1913, un descendiente de esclavos, Noble Drew Ali, fundó un mo-



vimiento cuyo objetivo era el de convertir al Islam a todos los negros americanos. Este precursor no tuvo de demasiado éxito en sus intentos, que se limitaron a pequeñas actividades en los barrios donde habitaban sus hermanos de raza. Tras el encarcelamiento por asesinato de su líder, en 1929, la organización se desintegró. Sin embargo, sus dispersos seguidores fueron recuperados un año más tarde por un musulmán de Detroit, conocido por los nombres de Mohamed Ali y Farad Mohamed. De su parecido de la circulación hacia 1934, tuvo tiempo de ganar nuevos fieles para el Islam, abrir un templo y una escuela y formar un grupo militar. Por aquella época, las autoridades ya comenzaban a inquietarse por las posibles repercusiones de la fiebre islámica. En las mismas fechas se fundó el primer sindicato de negros musulmanes, bajo la dirección de Sufi Abdul Hamid, un negro del Sur convertido a la fe del Profeta, quien organizó en Harlem la lucha para lograr mejores condiciones de trabajo para sus hermanos de raza y religión. Pero la llegada de los Musulmanes Negros habría de lanzar el Islam americano a la primera página de los periódicos.

LOS «BLACK MUSLIMS»

Elijah Muhammad, hombre de confianza de Mohamed Ali, se hizo cargo de la dirección del movimiento islámico cuando la desaparición de aquel, en 1934. Expulsado por sus compañeros, se estableció en Chicago, donde fundó su propio movimiento: Los Musulmanes Negros, que había de extenderse como la pólvora por los Estados Unidos. En la actualidad, esta organización cuenta con casi 250 mezquitas en el país, tiene su propia Universidad, escuelas, bancos, aviones, tierras, restaura-

tes... Y una empresa editora que cada semana publica el «Bilalian News», el semanario negro de mayor tirada en USA. Con dos millones de afiliados, los «Black Muslims» son hoy la organización de raza negra más importante de los Estados Unidos. En la actualidad se denominan a sí mismos «bilalianos», nombre que proviene de Bilal, esclavo negro a quien el profeta Mahoma concedió la libertad y que se convirtió en el primer «muecin» —el que llama a la oración desde la mezquita— de La Meca.

Sin embargo, tras un prometedor comienzo revolucionario que pretendía crear un Estado propio, separado, el Islam americano cambió profundamente desde la muerte de Elijah Muhammad, en 1975. La influencia de la sociedad norteamericana ha sido excesiva, y estos musulmanes africanos implantados al otro lado del Atlántico han ido perdiendo su carácter original. Los objetivos políticos cedieron su lugar a las metas económicas y el Islam, que en principio constituyó un fin, ha terminado por ser un medio. Como todo cuanto se instala en los Estados Unidos, el Islam africano ha perdido toda su combatividad. Empapándose de matices capitalistas, ahora es instrumento del movimiento conservador. Los musulmanes negros ya no pretenden cambiar la sociedad yanqui, que los ha segregado durante interminables décadas, sino que desean a toda costa integrarse en ella. Esta «traición» denunciada por Malcolm X —lo que le costó ser asesinado en 1965— ha dado lugar a que, puro y revolucionario hace cien años, el Islam americano sea hoy una mixtura que está de parte del poder, y que es irreconocible para sus antiguos hermanos del otro lado del Atlántico.

(Continuará.)



La sombra de un policía armado se recorta sobre una mezquita de Washington en el curso de unos incidentes protagonizados por musulmanes de raza negra



ARTURO PEREZ-REVERTE
ENVIADO ESPECIAL



VIAJE AL CORAZON DEL ISLAM

S I las cifras proporcionadas por los respectivos Gobiernos no mienten, más de 87 millones de musulmanes viven hoy en países oficialmente marxistas y ateos de Asia y Europa. De ellos, la Unión Soviética ocupa el primer puesto en cuanto a censo islámico, seguida por China y, después, a considerable distancia, por Yugoslavia. Como detalle curioso, hay que señalar que, en todos, y especialmente en las últimas décadas, la religión del profeta Mahoma goza de innumerables privilegios con relación a los otros cultos, como pueden ser el cristianismo y el budismo. Naturalmente, en ningún caso se trata de los respectivos dirigentes nacionales: experimenten una mayor simpatía hacia el Islam; la explicación debe buscarse en razones mucho más concretas y utilitarias. Tal y como andan las cosas, hoy en día, poseer una comunidad musulmana propia encierra considerables ventajas. Veamos por qué.

Cuando la Unión Soviética todavía se llamaba Rusia y las secas y los bolcheviques luchaban por consolidar los logros de la revolución de octubre, Lenin lanzó un llamamiento a los musulmanes de Rusia, cuyas mezquitas fueron destruidas por los zaristas, para que aportasen su apoyo a la lucha contra los Ejércitos blancos, que seguían fieles a Nicolás II. Por aquellas fechas, con mayoría sumnita y con chaitas en la zona del Cáucaso y en las fronteras de Afganistán, la población musulmana rusa constituía la décima parte de los efectivos humanos del país: dieciséis millones de personas. Consciente de la fuerza que ella representaba, Vladimir Ilich (Lenin) fomentó la idea de un comunismo nacional islámico, abriéndole las puertas del partido, en la creencia de que todo el oriente musulmán estaba próximo a un contagio revolucionario, que haría saltar en pedruzcos los restos del colonialismo.

Sin embargo, la ilusión duró apenas un par de años. Muy pronto los dirigentes soviéticos comprendieron que la religión islámica poseía unas características tan peculiaridades que escapaban a todo control estatal, y que la combinación de marxismo e islamismo no sólo era imposible, sino peligrosa. Por otra parte, numerosas facciones musulmanas, rechazando el gesto inicialmente acreedor de los bolcheviques, habían organizado o por su cuenta, e independientemente de las fuerzas que sostenían al zar. Feroces guerrillas en Asia Central, que combatieron en nombre de Alá a los ateos infieles, hasta que fueron ancladas.

En vista del giro que tomaban los acontecimientos, a partir de 1921, los bolcheviques renunciaron a utilizar el Islam ruso, y se dedicaron

MAHOMA

INCOMPARATIBLES

concienzadamente a hacerlo desaparecer: confiscación de bienes económicos religiosos, prohibición de la enseñanza, supresión de tribunales musulmanes... Tras un periodo de cierta prudencia, la represión violenta se abatió como un hachazo. En 1928 quedaron prohibidos el ayuno y el peregrinaje; los líderes religiosos fueron encarcelados, por parasitismo y actividades contrarrevolucionarias, y se ordenó el cierre de las mezquitas. La propaganda del partido, por otra parte, se dedicó a fondo a poner en solfa a aquella religión reaccionaria y burguesa.

Treinta años después, con el peréntesis de ciertas concesiones religiosas otorgadas por Stalin durante la Segunda Guerra Mundial—otra vez las necesidades políticas—, Nikita Krushchev recuperó las viejas ideas de Lenin sobre la utilidad de una comunidad musulmana, puente con los movimientos revolucionarios que hacia 1956 sacudían el mundo árabe. Y aunque buena parte de aquella población islámica era ya incapaz de leer el árabe y apenas practica abiertamente la religión de sus antepasados, el Kremlin decidió hacer de ella el símbolo exterior de la coexistencia fraternal entre el Islam y el comunismo. Toda la propaganda oficial en contra de esta religión cesó casi por completo; delegaciones árabes y africanas fueron invitadas a comprobar la flamante realidad sobre el terreno, y el muftí del centro espiritual de Tachkent explicaba a los visitantes que sí, que uno podía ser comunista y musulmán al mismo tiempo.

Hoy, a pesar de todos los condicionamientos políticos, el Islam, en la URSS, abarca cincuenta millones de almas. Considerada por sus practicantes menos como modalidad religiosa que como actividad social, la religión musulmana constituye un factor de cohesión, de identidad nacional y cultural, reencontrada a través de los años. Esto, que ha reportado una indudable utilidad a Moscú en sus relaciones exteriores con el Tercer Mundo, vuelve otra vez a preocupar al Gobierno soviético, ya que el Islam posee vida propia, y en la zona del Cáucaso se están reorganizando las sociedades secretas, que en el pasado combatieron a los bolcheviques, y que hoy son las únicas organizaciones de masas que escapan al control del partido. Los acontecimientos que alteran el universo islámico están conmoviendo a fondo las conciencias de la comunidad musulmana soviética. Y el Gobierno de la URSS se ve enfrentado cada vez más agudamente a un problema: cómo apaciguar el resurgir del Islam en su territorio nacional sin hacer saltar en pe-

dazos lo que en los últimos tiempos se ha revelado como un excelente material para sus relaciones públicas con el mundo árabe, Irán y Afganistán.

EL ISLAM EN CHINA

Introducido en China pocos años después de la muerte de Mahoma, el Islam se instaló mavisamente en la región occidental seis siglos después, con la llegada de las poblaciones procedentes de Asia Central, Persia y el mundo árabe, que huían de la invasión mongola de Kublai Khan. Establecidos junto a los budistas, los musulmanes conservaron sus tradiciones religiosas, y edificaron mezquitas por todas partes. En la actualidad viven en territorio de la República Popular unos treinta y cinco millones de musulmanes, repartidos por todas las grandes ciudades y provincias del país, desde Pekín al Tibet y desde Cantón a Xinkiang. En su mayor parte hablan chino, y sus rasgos étnicos se han ido «nacionalizando» con el tiempo. Sin embargo, no es difícil encontrar comunidades en las que se habla árabe y persa durante los oficios religiosos. Aunque buena parte de esta población musulmana no practica el culto, hay regiones donde la presencia del Islam se manifiesta claramente. En la ciudad de Urumchi, por ejemplo, cuya población es sólo de ochocientos mil habitantes, existen veintidós mezquitas, que se ven frecuentadas por los fieles, y es habitual encontrar otros edificios religiosos en las zonas rurales próximas.

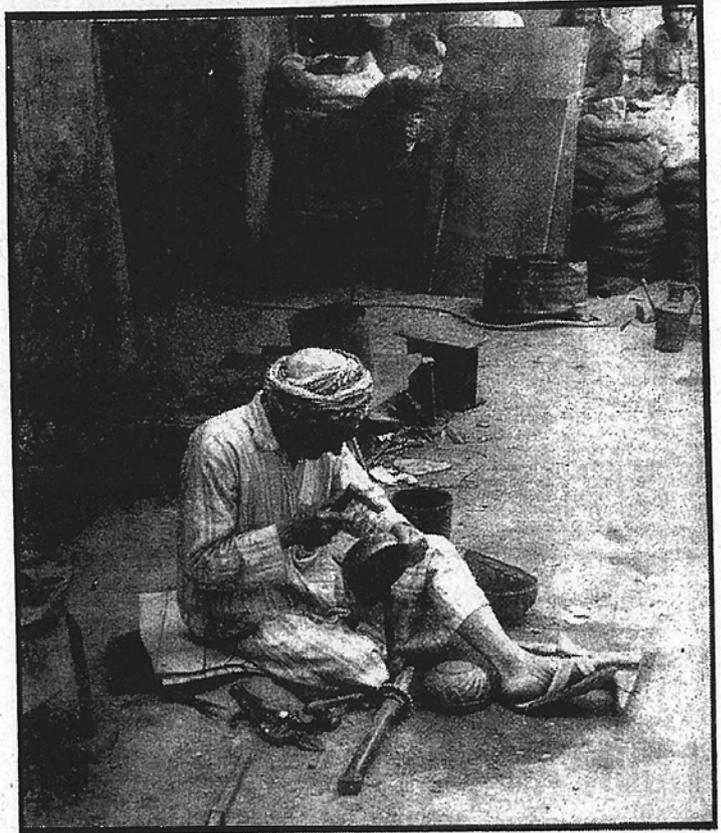
En el plano político la actitud de las autoridades chinas hacia la población musulmana ha sufrido, como en la URSS, diversos altibajos a través de la historia. Sin embargo, había cuenta de que la mayor parte de las comunidades islámicas importantes se encuentran en zonas fronterizas, Pekín ha actualado con mucha más habilidad que Moscú en este terreno. Con relación a los budistas y a los católicos, que, por otra parte, son étnicamente menos peculiares que los musulmanes, el Gobierno ha favorecido claramente a la religión islámica. Si bien la última mitad de los años setenta puede considerarse una época de cierta represión religiosa, es cierto que en 1970, mucho antes que las otras confesiones, los musulmanes pudieron reemprender sus actividades, e incluso, lo que no sucede en el caso de cristianos ni budistas, la agencia oficial de noticias Nueva China ha informado con cierta frecuencia de las celebraciones de festividades religiosas musulmanas en la mezquita de Pekín.

Por otra parte, la caída de la «banda de los cuatro» y

◆ Ochenta y cinco millones de musulmanes viven en la Unión Soviética y China

◆ Estas comunidades son elemento valioso para las relaciones de Pekín y Moscú con el mundo islámico

De cara a las relaciones internacionales, poseer una comunidad musulmana propia encierra ciertas ventajas. (Foto Pérez-Reverte.)



el advenimiento al Poder, tras la muerte de Mao, de un equipo gobernante mucho más heterodoxo, ha hecho soplar vientos liberales por el país. Los musulmanes chinos han sido los primeros en beneficiarse de ello: numerosas mezquitas, cerradas a fueras, fueron abiertas de nuevo, y cuando los jefes religiosos se quejaron en 1978 de no disponer más que de algunas viejas copias del Corán, cuya importación y reimpresión todavía estaba prohibida, las autoridades respondieron con la difusión de una nueva edición del libro santo musulmán.

Hoy delegaciones de musulmanes chinos viajan periódicamente por el mundo islámico, estrechando lazos en beneficio de su país. Tras una prohibición de casi quince años, en 1979 fue de nuevo autorizado el peregrinaje a La Meca de un grupo religioso. El Gobierno de Pekín, en un momento como el actual, sabe lo que vale mantener, de cara al Tercer Mundo, una imagen de tolerancia religiosa, y sobre todo que también China sea considerada como «un país mu-

sulmán». Ello adquiere, por otra parte, una considerable importancia en sus relaciones con Pakistán, que tras la «captación» del vecino Afganistán por parte de la URSS, el eterno enemigo de Pekín, se ha convertido en pieza clave de la estrategia china—y occidental—, en el Asia media.

¿UN MARXISMO ISLAMICO?

De la observancia de la realidad musulmana en los países comunistas, así como de los esfuerzos por implantar el marxismo en naciones islámicas, parece desprenderse una realidad evidente: la religión de Mahoma y la de Carlos Marx son irconciliables. Todo lo más que se puede lograr es una coexistencia más o menos pacífica, sujeta a los avatares políticos, pero jamás la simbiosis soñada por Lenin o por algunos líderes más o menos inspirados. Por sus características religiosas y sociales, el Islam es incompatible con el comunismo. Puede pactar, utilizarle como medio, reclamar su ayuda, e incluso pre-

tender crear, basadas en él, fórmulas temporales para uso externo, pero lo cierto es que en todos aquellos lugares donde hay musulmanes, muy por encima de las ideas de nacionalidad, se superpone la de la Umma, la comunidad musulmana, la fraternidad religiosa supranacional. La única internacional que realmente posee una fuerza—fuerza en potencia, todavía no explotada adecuadamente— es la Internacional Islámica.

Cualquier modesto imán de una mezquita posee más poder de convicción, más influencia sobre sus fieles, que un jefe de Estado o que una ideología política. Ni siquiera Libia, que es el país más prosoviético del norte de África, será comunista mientras todos los actos oficiales se inicien invocando el nombre de Alá, clemente y misericordioso. Y en Afganistán, el régimen prosoviético, no tendrá paz mientras un solo líder religioso siga incitando a los fieles a la «Yihad», a la guerra santa. Ese es el milagro del Islam.

(Continuará.)



ARTURO PEREZ-REVERTE
ENVIADO ESPECIAL



LOS MUSULMANES DE ASIA

En Filipinas, el Gobierno es incapaz de aplastar la prolongada sublevación de los rebeldes "moros"

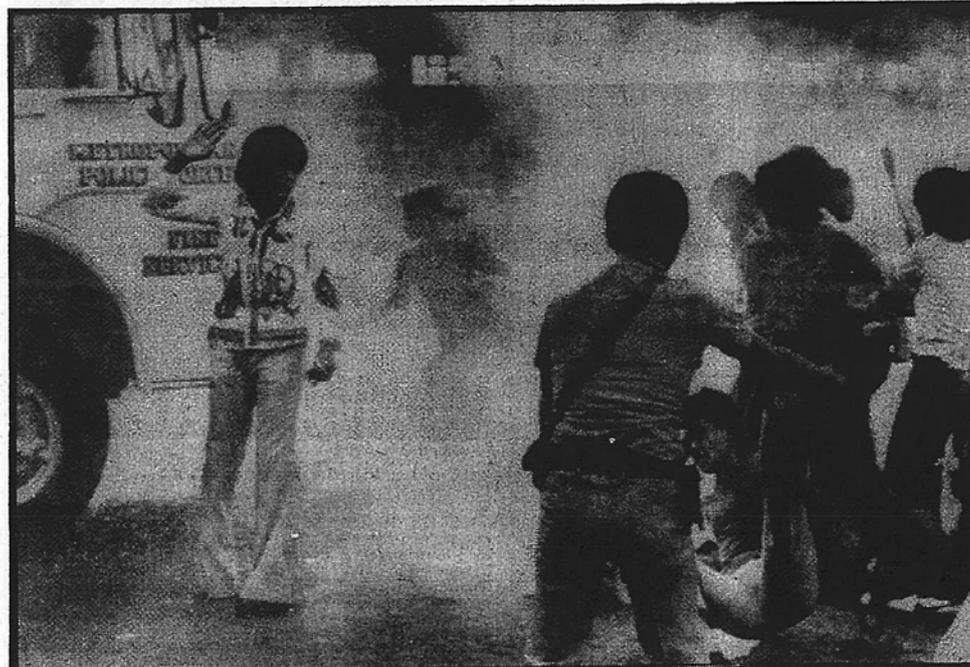
◆ **La influencia de la revolución iraní ha puesto en eferescencia a la lejana comunidad islámica de Malasia**

El Islam es también la religión de 400 millones de asiáticos. A partir del siglo XII, las sucesivas conquistas de árabes, turcos, mongoles, persas y afganos extendieron o «empujaron» la religión del profeta por el continente. Hoy existen importantes comunidades musulmanas en Pakistán, Bangla Desh, Indonesia y Malasia; constituyen una importante minoría en China —como vimos en el capítulo precedente— y están presentes como importante fuerza política en India, Birmania y Filipinas. También se registra su presencia en Vietnam, Camboya e incluso Singapur.

Aunque la mayor parte de los países del Sudeste Asiático, cuya estabilidad política es relativa, albergan núcleos que profesan la fe islámica, estas comunidades se sienten poco afectadas directamente por la turbulencia que en los últimos tiempos recorre el mundo musulmán del Cercano Oriente y Asia Media. Sus problemas son más peculiares y localizados, y, aunque los ecos de la revolución iraní y el asalto a la mezquita de La Meca tuvieron aquí la lógica repercusión, no puede hablarse de un sentimiento generalizado, puestos que en estos países no se da la conciencia de unidad confesional internacional que existe, por ejemplo, en el mundo árabe o en las riberas del mar de Omán. El Islam de Asia, al desenvolverse en un medio social, cultural y religioso muy variado, muestra unos rasgos mucho menos coherentes y combativos. De todas las comunidades musulmanas del Sudeste Asiático, sólo una, la de Filipinas, se encuentra hoy en estado de guerra abierta, por razones que nada tienen que ver con las que hoy conmueven al Oriente Medio.

LOS «MOROS» FILIPINOS

En un país de 44 millones de habitantes, de los que el 90 por 100 profesa la religión católica, dos millones y medio de personas constituyen la comunidad musulmana, mayoría en el archipiélago de Sulu y en la isla de Mindanao. La islamización de estas zonas se inició en el siglo XIV, llegando a la organización de sultanatos, cuya influencia llegó hasta Luzón. En el centro de Filipinas, un centenar de años después, los conquistadores españoles, influidos por la costumbre nacional, bautizaron con el nombre de «moros» a estos musulmanes isleños, mientras se dedicaban conienzadamente a exterminarlos en lo que fue una sangrienta carnicería. Todavía están próximos los recuerdos de la Reconquista española, y los nuevos amos, con las ideas muy claras respecto a que el único musulmán bueno era el mu-



Manifestantes musulmanes filipinos protagonizaron violentos choques callejeros con la Policía en apoyo de la revolución iraní.

sulmán muerto, tenían la espada fácil. Sin embargo, por mucha sangre que se derramase, los españoles no lograron borrar el Islam de Filipinas. Por el contrario, los supervivientes de aquellas matanzas adquirieron el sentimiento de que se hallaban de lleno en una guerra santa contra los infieles, que venían a cortarles el cuello a domicilio. Este factor de unidad, que les hizo organizarse más estrechamente para sobrevivir, siguió activo cuando los norteamericanos sustituyeron a los españoles en el archipiélago, e incluso tras la independencia. En la actualidad, los musulmanes filipinos se consideran a sí mismos como los únicos auténticos nacionalistas de las islas: los que resistieron a los invasores desde el primer momento. Por ello, desde el comienzo de los años 70 hasta la fecha, los «moros» se encuentran en guerra con el Gobierno de Manila, aspirando a crear su propia nación in-

dependiente. En la última década, el Frente Nacional de Liberación Moro ha estado protagonizando una violenta guerra civil contra el Ejército regular del Presidente Marcos, al que acusa de genocidio. Matanzas y atrocidades están a la orden del día por ambos bandos, y a pesar de diversas fintas políticas del Gobierno, con amnistías y propuestas de negociación, el fuego de la rebelión sigue devorando las provincias rebeldes. Sostenidos por los países islámicos, que en la conferencia de Fez del pasado año resolvieron otorgarles ayuda moral y material, los guerrilleros musulmanes del MNLF continúan en Mindanao su «guerra santa» en el nombre de Alá.

INDONESIA: 125 MILLONES DE CREYENTES

País laico y pluriconfesional, a pesar de que el Islam

es mayoritario allí como en ningún otro lugar de Asia, Indonesia recibió la palabra del Profeta entre los siglos XIII y XIV, traída por los comerciantes indios islamizados. Aunque en la actualidad cuenta con 125 millones de musulmanes, la religión de Mahoma, por su llegada tardía, se encuentra muy influenciada por los factores culturales preislámicos, de carácter animista y místico, que habían sobrevivido, incluso, a la influencia del hinduismo y el budismo. Quizá por esta razón, el Islam indonesio es uno de los más tolerantes en cuanto a prácticas se refiere; no está prohibida la carne de cerdo, el ayuno del Ramadan apenas si cuenta, y los ritos suelen limitarse a la circuncisión, las bodas y los funerales. Un detalle a tener en cuenta es que, a diferencia de lo que ocurre en otras latitudes, en Indonesia sí se da el caso de musulmanes que se convierten a otras religiones, lo que en el resto del

mundo islámico es prácticamente imposible.

Aunque su pertenencia a la rama sunnita ha hecho que la revolución chiita iraní no haya repercutido excesivamente en el país, lo cierto es que, por sus caracteres socioculturales, el Islam indonesio constituye una estructura autónoma que escapa al control del Gobierno de Yakarta. Y si bien hasta la fecha no existen razones para preocuparse excesivamente por un inminente renacimiento islámico radical en el país, las autoridades duermen con un ojo abierto. Las clases más desheredadas ven con criterios críticos la corrupción, la influencia extranjera y las desigualdades sociales, y tal descontento no tiene otro medio de expresión que la fuerza que proporciona la religión musulmana. El te-

país donde lo tradicional en las mujeres era el «sarong» y la cabeza descubierta, éstas llevan cada vez más vestidos largos y velos, y los extremistas exigen la instauración del Derecho Coránico en el país, sin ocultar sus simpatías por Jomeini, e incluso por Gaddafi. A esto se une un sentimiento de profundo malestar frente al enriquecimiento y la corrupción de la clase dirigente, para lo que la comunidad musulmana propone como solución la islamización absoluta de todo el país.

Pero, habida cuenta de que la otra mitad de la población malaya no es musulmana, y recibiría con poco agrado la instauración de los frenos y cortapisas político-sociales que acarrearía una «iranización» del país, el Gobierno de Kuala Lumpur teme, con motivo, que bajo sus pies esté brotando el germen de la guerra civil. Como ha señalado recientemente el príncipe Abdul Rahmán, «la surge podría correr y el caos se extendería por todas partes si la población no musulmana fuese obligada, con el cuchillo sobre la garganta, a aceptar la Ley Coránica». Y es que las autoridades malayas saben que, aunque el Islam es la religión oficial del Estado, todos los puentes que podrían conducir a una asimilación entre las diferentes comunidades religiosas del país están cortados. No hay matrimonios entre gentes de distinta confesión religiosa, y musulmanes y no musulmanes hacen una vida absolutamente independiente. La islamización total, colocaría a los «infieles» en una situación de pérdida total de sus derechos, relegaría a las mujeres no musulmanas a una dependencia y sumisión bajo la que no se encuentran en la actualidad, y enfrentaría abiertamente a quienes hasta ahora, cada uno en su ambiente, han coexistido más o menos en paz. Ese es un riesgo que el Gobierno no desea correr, especialmente en unos momentos en que su máximo interés radica en mantener estrechos lazos con los Estados Unidos, a fin de que éstos protejan a Indonesia frente a los avances que la Unión Soviética y Vietnam están haciendo, lenta e implacablemente, en la región.

MALASIA: MITAD Y MITAD

Una situación parecida es la que encontramos en Malasia, con la diferencia de que, por una parte, aquí la población musulmana sólo abarca el 50 por 100 del censo nacional, y que, en segundo lugar, durante los últimos años se asiste a una racionalización muy clara de los movimientos extremistas islámicos, los «dajwah», muy infiltrados entre estudiantes, intelectuales y pequeña burguesía de las grandes ciudades. En un

Reducir el Islam a seis capítulos es como intentar meter el mar en un cubo de esos con los que los niños juegan en la playa. Se trata de un mundo infinito y siempre cambiante, cuyos contrastes, luces y sombras se mezclan en el vasto caudal del tiempo, la sociedad y la política. El mundo islámico es hoy, contra todas las previsiones, una realidad viva y palpitable, que lucha por recuperar la identidad perdida. Occidente comprende ahora, con espanto, que durante mucho tiempo ha subestimado lo que en sus cancellerías se denominaba «pequeñas historias de árabes fantáticos». Y es que el Islam no estaba muerto. Solamente dormía.

FIN DE LA SERIE